

ACIONES DEL PARTIDO DOMINICANO

Ernesto Sánchez Rubirosa

La Agresión Económica de los E. E. U. U. Contra América Latina

(Conferencia pronunciada el día 2 de agosto del 1960, en la
Base Aérea "Presidente Trujillo", San Isidro).

Ciudad Trujillo,



**General Dr. Rafael L. Trujillo hijo, Secretario de Estado sin Cartera
y Asesor Técnico Militar.**

29240
✓ 2019/2020

10
F-2281

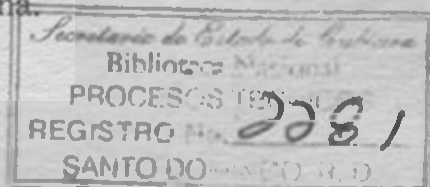
PUBLICACIONES DEL PARTIDO DOMINICANO

Ernesto Sánchez Rubirosa

La Agresión Económica de los E. E. U. U. Contra América Latina

(Conferencia pronunciada el día 2 de agosto del 1960, en la
Base Aérea "Presidente Trujillo", San Isidro).

Ciudad Trujillo,
República Dominicana.



I

El tema que he elegido para disertar en este agosto recinto militar, es de vibrante actualidad en nuestro agrietado mundo contemporáneo, y para muchos de ustedes, har-to conocido, por los alarmantes acontecimientos que se han venido sucediendo de un tiempo a esta parte.

Los intereses creados han constituido siempre el origen de todos los malestares políticos de América y del mundo. De no haber existido la balanza que mantiene el equilibrio de las fuerzas que siempre han pretendido repartirse el orbe, las pequeñas naciones no habrían colmado jamás sus aspiraciones de auto-determinación. A pesar de ello, se hace necesario poner de relieve una vez más, que la República Dominicana es uno de los pocos países de más triste configuración histórica en la vida continental. Desde la proclamación de nuestra Independencia en el 1844 hasta el advenimiento de la Era de Trujillo, vivimos de sobresalto en sobresalto en pos de una añorada paz doméstica que logró cristalizarse al fin, a costa de grandes sacrificios, y que estamos comprometidos todos, militares y civiles, a salvar-guardar de toda clase de agresiones que se propicien desde playas extranjeras.

Una de las características de nuestra joven nacionalidad, de la cual podremos vanagloriarnos siempre, ha sido la generosidad con que hemos atendido los justos empeños de libertad de otros pueblos hermanos. A cambio de tan relevante altruismo, sólo hemos recibido decepciones y apostasías, inclusive de quienes esperábamos reciprocidad, sim-

plemente. Sin embargo, contra los duros embates de tiempo y naturaleza, y, a pesar de los intereses creados desde la capital del Imperio Occidental, hemos subsistido con dignidad y heroísmo, asegurándole un porvenir próspero y estable a las generaciones venideras.

Pero ha llegado el momento de develar el telón que encubre las sinuosidades de la política exterior de los Estados Unidos de América con respecto a los pueblos latinoamericanos. La hora de nuestra independencia económica ha sonado, y debemos revestirnos del mismo entusiasmo que orientó a las conciencias ciudadanas de América en nuestra guerra de Independencia contra España. No podemos continuar llamándonos a engaño, seducidos por una propaganda tenebrosa que ha desfigurado la razón de ser del hombre latinoamericano. Los Estados Unidos conocen a fondo el traspatio de nuestra política vernácula, como el de la de todas las naciones del hemisferio. Conocen mejor que nosotros mismos nuestros puntos débiles, y sin embargo, se escudan en el viejo aforismo atribuido a ellos ingenuamente por nosotros mismos, de que pretenden medirnos a todos con una misma vara, cuando en verdad han subestimado siempre nuestras aptitudes de desarrollo económico.

La agresión económica que ha ejercido el Partido Republicano yanqui, cuantas veces ha alcanzado el poder, ha sido norma invariable de su plataforma política. En esta última vuelta estuvieron un poco rezagados a causa del contrapeso de otra potencia que mantiene el equilibrio de la paz mundial, con base a una guerra fría que ha distraído la atención del Departamento de Estado en lo atinente a sus planes imperialistas contra Latinoamérica. ¿Qué sería de nuestros pueblos si al finalizar la segunda guerra mundial, Rusia no hubiera mantenido en jaque a los Estados Unidos de América?

He tenido el privilegio de conocer los problemas económicos de algunas naciones del hemisferio que han sido víctimas al igual que nosotros de la agresión económica ejercida por los Estados Unidos. He palpado de cerca la realidad de aquellos pueblos que viven ahogados por el dra-

ma de un indigenismo retrógrado, insuperable en razón del subdesarrollo que los caracteriza. He experimentado finalmente, la íntima satisfacción de comparar el progreso de nuestro pequeño territorio insular con el de aquellas grandes extensiones semi-feudales, y exclamar henchido de fervor patriótico, ¡Dios conserve por años la estructuración de este régimen de orden!

Muchos de ustedes que han tenido la oportunidad de recorrer a América en misiones de su carrera, comprenderán que el significado de mis palabras no va adornado de retórica demagógica. Trato de ofrecerles un sucinto panorama comparativo de los pueblos latinoamericanos con respecto al nuestro, no en interés de resaltar el ingente programa económico de la presente administración dominicana, de suyo conocido por todos, sino pretendiendo situar los triunfos financieros alcanzados por el gobierno de Trujillo en el lugar que les corresponden en la Historia, no obstante los fuertes flujos de una política negativa norteamericana que no ha contribuido en absoluto al florecimiento de nuestras finanzas.

Los enemigos de nuestro régimen, dominicanos y extranjeros, nos califican de oprobiosa dictadura que ha pisoteado las libertades públicas. Es evidente, que a lo largo de toda nuestra trayectoria política siempre hemos vivido al margen de una escuela de oposición constructiva. Ayer, en razón del caudillismo que trilló el camino de nuestras perturbaciones económicas. Hoy, a causa de la arbitrariedad de una casta de disconformes que anda comprometiendo por América la reputación de nuestra soberanía. Todos ustedes saben que el gobierno que preside los destinos nacionales ha garantizado el ejercicio legal de la oposición. En repetidas ocasiones se ha invitado a los pequeños núcleos de adversarios residentes en el extranjero a que vengan al país a formalizar su situación de opositores al Partido Dominicano, siempre y cuando se ajusten a los preceptos legales. La práctica nos ha demostrado que ellos prefieren recorrer el camino más fácil, el de la subversión, y, naturalmente, cuando el Gobierno ha repelido todas las intentonas

revolucionarias con el apoyo de ustedes, se nos ha acusado con la socorrida frase de oprobiosa dictadura, por haber defendido un presente de orden que ha sabido garantizar el feliz desarrollo de nuestras finanzas.

En una ocasión, un diplomático sudamericano me decía al contemplar las altas cifras de nuestro presupuesto nacional que nuestro país era muy rico, ya que comparativamente, se permitía el lujo de disfrutar de uno de los más altos presupuestos de América. No es que seamos propiamente ricos, contesté en la ocasión apuntada, lo que sucede es que tenemos un gobierno de orden que ha sabido garantizarnos una paz larga y efectiva que facilita el desarrollo de nuestra principal fuente de ingresos: la agricultura.

Para ustedes, la anterior reflexión resulta a todas luces sencilla, pero para quienes desconocen el drama que vivió nuestra República, hundida en un pasado de luchas fratricidas que consumió nuestras finanzas, la aclaración es de todo punto importante. La República Dominicana ha sido la misma a través de sus 116 años de vida independiente. Lo que ha cambiado ha sido el ambiente cívico en que actualmente nos desenvolvemos. Eso tal vez no lo comprendan quienes desconocen nuestra historia pasada. Eso no lo pregonan los dominicanos que especulan con nuestra tranquilidad doméstica de hoy. Pero esos malos dominicanos no podrán jamás desplazar a Trujillo del sitio de honor que le corresponde en la Historia, como libertador de nuestra independencia financiera y como el único gobernante que ha dominicanizado la línea fronteriza.

II

Con el Tratado Trujillo-Hull, suscrito en fecha 24 de septiembre del 1940, nuestra República recuperó su Independencia económica. Como ustedes recordarán, las aduanas dominicanas estuvieron administradas desde el año 1905 por el gobierno norteamericano. En esa fecha se inicia precisamente, el largo viacrucis de nuestra pesadumbre financiera. Los errores políticos cometidos por nuestros inescru-

pulosos gobernantes de otrora fueron hábilmente aprovechados por el imperialismo norteamericano imperante, hasta llevarnos a la suscripción de documentos comprometedores que sólo apuntaban a la mediatización de nuestra soberanía. Nos iniciábamos como víctimas de los principios monroistas, ciegamente convencidos de que con ello salvábamos a la República del pro-colonialismo europeo anunciado por los sustentadores de la doctrina de Monroe.

¡Doctrina de Monroe! ¡A nombre suyo cuántas agresiones y transgresiones se han cometido! Se lanzó al mundo a través del mensaje del Presidente James Monroe de fecha 2 de diciembre de 1823, para encubrir los planes imperialistas de Norteamérica. Las agresiones y violaciones cometidas nos demostraron que desde el punto de vista del Derecho Internacional Público, la Doctrina de Monroe constituía una de las más grandes falsedades. Al declarar que América quedaría cerrada a la expansión colonizadora y conquistadora de Europa, el gobierno norteamericano nos presentó un cuadro falso de la realidad de esa época. Pero la historia que todo lo escudriña, andando el tiempo, nos mostró crudamente cómo se sucedieron los acontecimientos anteriores a la proclamación de los principios monroistas. Una carta, al parecer sin importancia, del Ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Mr. Canning, constituye el testimonio vivo de cuanto queda dicho sobre la tradicional política imperialista ejercida por los norteamericanos. Con efecto, Mr. Canning se dirigió el día 20 de agosto de 1823, cuatro meses antes de que se produjera el mensaje del Presidente Monroe, al Ministro norteamericano en Londres, Mr. Richard Rush, con ocasión de exponer a la consideración de éste, lo que constituía motivo de principal preocupación para las potencias que entonces pretendían repartirse el mundo. La carta en referencia, expresaba entre otras cosas, el punto de vista británico sobre las colonias hispano-americanas que se habían independizado, en los siguientes términos:

“1º—Consideramos imposible la reconquista de las colonias por España”;

“2º—Consideramos la cuestión de su reconocimiento como Estados independientes, sujeta al tiempo y a las circunstancias”;

“3º—No estamos sin embargo, dispuestos a poner obstáculos para un arreglo entre ellas y la Madre Patria, por medio de negociaciones amistosas”;

“4º—No pretendemos apropiarnos ninguna porción de esas colonias”; y

“5º—No veríamos con indiferencia que una porción de ellas pasase al dominio de otras potencias”.

“Si estas opiniones y sentimientos —continuó expresando Mr. Canning en su carta ya mencionada— son comunes al gobierno de usted y al nuestro, como lo creo firmemente, ¿por qué vacilaríamos en confirmárnoslas mutuamente y en hacer declaraciones a la faz de la tierra? Si hubiera una potencia europea que acariciara otros proyectos o que quisiera apoderarse de las colonias por la fuerza, con el fin de subyugarlas para España o en nombre de España, o que meditara la adquisición de una parte de ellas para sí misma, por cesión o conquista, la referida declaración del gobierno de usted y del nuestro sería el medio más eficaz y a la vez el menos violento para intimar nuestra desaprobación común de tales proyectos”.

El interesante documento que acabo de leer fué sometido por el Ministro Rush a la consideración de su gobierno, con la anotación de que la Corona Británica invitaba a Estados Unidos a formular una declaración conjunta contra las potencias que integraban la Santa Alianza. El Presidente Monroe, a su vez, se consideró incapacitado para resolver un punto tan delicado para las proyecciones de una nueva diplomacia norteamericana, una vez que la aceptación de la propuesta británica era contraria a la Declaración de principios de Washington, (Europa para los europeos), decidiendo referir el expediente al ex-Presidente Jefferson, considerado como una cumbre del pensamiento político norteamericano de la época, y luego al ex-Presidente Madison.

La carta de Jefferson a Monroe, de fecha 22 de octubre del 1823, emitiendo la importante consulta, ha sido consi-

derada por la crítica histórica como el instrumento que hizo viable el mecanismo imperialista de los principios monroístas. El Padre de la Patria norteamericana, quien con sutileza manifiesta expuso que los esfuerzos de la política norteamericana deberían tender a hacer de América el “domicilio de la libertad”, había programado en “hermoso” documento los derroteros de una política de agresiones. El documento en referencia sirvió pues, para estructurar las bases del nuevo sendero de imposiciones, a través del cual se orientaron los puntos del mensaje presidencial monroísta que esbozó por primera vez públicamente, la tristemente célebre doctrina, interpretada luego, como la fórmula de una política exclusivamente nacional de los Estados Unidos de América.

Por el interés histórico que reviste el documento de Jefferson citado, voy a leerles a continuación los argumentos utilizados para justificar una fórmula imperialista, que sería enunciada como política aislacionista llamada a defender los intereses hemisféricos de las supuestas agresiones o violaciones de las potencias extracontinentales:

“Nuestra máxima fundamental, decía Jefferson, y la primera de todas, debiera ser no complicarnos en las discordias de Europa (Doctrina Washington); la segunda, no permitir que Europa se mezcle en asuntos cisamericanos (sic). América, así la del Norte como la del Sur, posee un conjunto de intereses distintos de los europeos y enteramente peculiares. Debería tener, por consiguiente, un sistema separado, propio, distinto del de Europa”. “Pero tenemos que preguntarnos, primeramente, si deseamos adquirir, para nuestra confederación, alguna o algunas de las provincias españolas. Confieso ingenuamente que siempre he considerado a Cuba como la adición más interesante que pudiera hacerse a nuestro sistema de Estados. El dominio que esta isla, junto con la punta de la Florida, nos daría sobre el Golfo de México, y los países e istmos que lo limitan, lo mismo que sobre todas las aguas que en él desembocan, llenaría la medida de nuestro bienestar convencido como estoy de que esto nunca podría obtenerse, ni aún con

el consentimiento de Cuba, sino a costa de una guerra y de que su independencia, que es nuestro interés en segundo lugar, especialmente de su independencia de Inglaterra, pueda obtenerse sin guerra, no tengo la menor vacilación en abandonar el primer deseo a futuras contingencias y aceptar la independencia de Cuba con paz y la amistad de Inglaterra, más bien que su asociación a costa de una guerra y con la enemistad de la Gran Bretaña”.

Era evidente que al gobierno de los Estados Unidos le atemorizaba más la inclinación de Inglaterra en favor de una ocupación de Cuba y Puerto Rico, que los planes de la Santa Alianza de apoyo a España, al punto de haber pensado en contravenir los principios de la Doctrina Washington, pactando con Inglaterra. Pero había otro peligro mayor que constituía su más grande preocupación: la política colonizadora de Rusia en América. Mientras tanto, otro documento, suscrito con anterioridad al comentado mensaje presidencial de Monroe, nos viene a confirmar la tónica imperialista en que iba envuelta la declaración de principios aislacionistas de la doctrina. El 9 de octubre del año 1823, el mismo Ministro de Relaciones Exteriores británico que negociara con el Ministro norteamericano Rush, mantuvo un interesante intercambio de ideas con el embajador francés en Londres, príncipe de Polignac, de cuyo resultado se formuló un importante Memorandum que aseguraba la neutralidad de Francia en los asuntos de América. Independientemente de las negociaciones realizadas por el Ministro Rush, el Departamento de Estado conversaba en Washington con el embajador ruso. El otro ángulo del problema concitaba la atención del gobierno norteamericano. Rusia extendía sus dominios hasta la alta California y el Departamento de Estado necesitaba asegurarse de los planes colonizadores del zarismo. De ahí que el párrafo más importante del Mensaje presidencial de Monroe, el séptimo, estuviera dedicado a cuestiones fronterizas, completamente ajenas de las demás repúblicas americanas.

El interés de aislar a América radicaba en el peligro ruso. La Santa Alianza fué un pretexto. Rusia había avan-

zado sigilosamente, hasta llegar a Bodega en el norte de California, y sus problemas de frontera con los E.U.A. no tenían que ver en nada con la América Hispana ni con la Santa Alianza. Además, como ya hemos visto, las amenazas europeas se habían desvanecido ante el acuerdo intervenido entre Inglaterra y Francia sobre la neutralidad de esta última con respecto a las colonias hispanoamericanas. Un proyecto de Resolución Conjunta destinado a leerse en la Cámara de Representantes del Congreso norteamericano, para justificar la proclamación de la doctrina Monroe, no se conoció más que en los archivos secretos de la Cámara, en vista de que a última hora se declaró que los acontecimientos habían demostrado que ya no existían planes serios para atacar a la América Hispana. Uno de los párrafos de la Referida Resolución Conjunta decía:

“Que el pueblo de estos Estados no vería sin una seria inquietud cualquiera intervención armada de las potencias aliadas de Europa en favor de España, para reducir a su antigua sujeción las partes del continente americano que han reclamado y establecido, por sí mismas, respectivamente, gobiernos independientes, reconocidos de un modo solemne por los Estados Unidos”.

Queda pues al descubierto ante los ojos de Europa en un principio, y ante los nuestros después, que la Doctrina de Monroe se lanzó al mundo con un fin esencialmente egoísta, siendo los norteamericanos sus mejores beneficiarios. Cuantas veces han tenido necesidad de hacerle frente a un problema que afecte sus dominios imperialistas sobre Latinoamérica, la han invocado con el mayor cinismo, como en el caso presente que afecta sus relaciones económicas con Cuba.

III

He insistido en traer a colación puntos históricos relacionados con los orígenes de la proclamación de los principios monroistas, en interés de fijar la atención de ustedes hacia la cuna de un imperialismo que nació militarista, se tornó económico y volverá finalmente a ser militarista. En

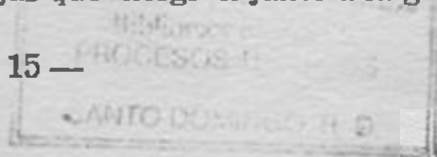
reciente artículo de prensa dejé establecido, al referirme a la nueva política de alternativas que se cierne sobre América, que el único gobernante norteamericano que estructuró una conciencia de verdadera solidaridad interamericana, fué el Presidente Franklin D. Roosevelt, dejando entrever claramente, que sus planes se afincaban en sus visionarios presentimientos de una conflagración mundial, que obligaba a aglutinar a las naciones americanas, bajo el simbolismo de una unión que terminó consolidando nuestro sistema de paz. Como dejé dicho en la ocasión citada, sean cuales fueren los motivos que inspiraron a Roosevelt a estructurar los derroteros de la unidad americana, lo cierto es que los beneficiarios en ese momento, fuimos los pequeños países, ante el desplazamiento de la fórmula imperialista del *big stick*. Desafortunadamente, ese desplazamiento fué aparente en cuanto a práctica económica se refiere. La política de negación económica que han seguido los norteamericanos con respecto a Hispanoamérica, ha establecido que lo que en un comienzo constituía imperialismo militarista, se ha convertido en imperialismo económico; y lo que es peor aún, ahora se niegan a aceptar, invocando a su conveniencia la doctrina de Monroe, la independencia económica de algunas naciones que no pueden soportar los rigores de la peor de las vejaciones que haya sufrido América.

Cuba, que comenzó siendo una colonia económica norteamericana bajo los términos de una funesta enmienda que se agregó a su Constitución Política, enmienda a través de cuyas ocho cláusulas se definían sus relaciones económicas con los E.U.A., continuó dependiendo económicamente de los norteamericanos hasta hace unos días, en que la tensión de las relaciones de ambos países llegó a su clímax, convirtiéndose en chispa de una nueva era financiera que se proyecta sobre nuestro continente.

Esa política negativa de que me he venido ocupando ha tenido como resultado la atracción que ofrecen las relaciones económicas con los países del bloque soviético, por las ventajas que estas naciones aseguran para un provechoso intercambio comercial con Hispanoamérica.

La República Dominicana acaba de ser víctima de una nueva agresión económica por parte de los Estados Unidos. Al reducirse la cuota azucarera cubana en 700.000 toneladas, se planeó distribuir esa cantidad entre los países productores, incluyendo a la República Dominicana. Posteriormente, por razones que se desconocen, pero a todas luces injustificadas, se vacila en otorgarnos un derecho del cual somos acreedores. Sobre el particular nuestro secretario de Estado de Agricultura declaró que la nueva actitud agresionista del gobierno norteamericano "parecía indicar que los que trabajan contra los intereses norteamericanos quieren inclinar al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos en favor de los enemigos de ese gran país y que son esas corrientes adversas las que desean ahora con la República Dominicana lo que hicieron con Fidel Castro: forzarlo para llevarlo después a la Cortina de Hierro".

Es doloroso proclamar después de tantos esfuerzos alcanzados para estructurar un sistema de paz acabado, que razones de orden económico terminen rompiendo la ya calcinada unidad americana. Hemos vivido durante mucho tiempo en un clima de fraternidad simbólica, sujetos a las imposiciones que desde Washington se nos dictan a través de todos los conductos internacionales que se han creado, dizque para garantizar un mecanismo de paz que los norteamericanos viven exponiendo continuamente por medio de su política de desaciertos. El ambiente que impera en las conferencias y congresos interamericanos, donde se ventilan los problemas que interesan a las naciones verdaderamente necesitadas, mueve a serias reflexiones a los observadores, por la forma sumisa en que nuestros endeble países acatan las imposiciones provenientes de Washington. Los Tratados Internacionales que rigen diferentes aspectos de nuestras relaciones interamericanas, son el resultado de las orientaciones que se dictan desde Washington. Aunque somos elocuentes en las comisiones de estilo, si el Departamento de Estado "sugiere" que no conviene insertar determinado punto en el anteproyecto de un Tratado Internacional o de una Convención, a las pobres ovejas que integran junto a la gran



nación del norte la Organización de Estados Americanos, no les queda otro recurso que acatar las sugerencias del amo imperialista que todo lo prevé. Y cuando no queda otra alternativa, como en el caso de las Convenciones que regularon el Derecho de Asilo, los Estados Unidos optan por no adherirse, *por contravenir a sus intereses políticos*. Sin embargo, nunca han sido criticados por lo que hoy es considerada inhumanitaria actuación de la República Dominicana, por haber denunciado las mismas convenciones a las cuales el gobierno norteamericano nunca estuvo ligado.

Así las cosas, todavía insistimos en demostrarle a los Estados Unidos que somos sus tradicionales amigos. América se prepara para una próxima reunión de Cancilleres que contemplará problemas continentales surgidos con motivo del incidente cubano-norteamericano. Una vez más tratamos de mantener la unidad espiritual del hemisferio contra las nuevas amenazas de infiltración comunista, aunque satisfaciendo en parte el interés norteamericano, que ha movido los resortes de una doctrina que hacía tiempo que no se invocaba, en vista de la intromisión norteamericana en los asuntos europeos y asiáticos, al extremo de que extracontinentalmente se creyó caduca.

Ojalá que los pueblos de América orienten mejor sus previsiones el día de mañana y reflexionen más seriamente sobre el futuro de un gobierno que fué militarista practicante y que en la actualidad se inclina por el mismo sendero. Hay un hecho que no podemos pasar inadvertido en el momento presente. El país que se precia de más democrático en el mundo, y que más duramente combatió al militarismo alemán de los nazis, está militarizándose cada día que transcurre, con la sistematización de un Servicio Militar Obligatorio rigurosísimo.

¿Qué motivos inducen a los norteamericanos al militarismo total? Mientras Rusia habla de coexistencia pacífica y de desarme mundial, los norteamericanos se presentan a la faz del mundo como violadores de espacios aéreos en misiones de espionaje, y como potencia militarizada que pretende ostentar la hegemonía material del orbe.

¿A cuál de las dos propagandas debe prestar su atención Latinoamérica? La una nos conduciría a la negación de nuestras tradiciones y costumbres, con una gran incógnita como interrogante para lo porvenir. La otra nos mantendría en el mismo estado de dependencia económica y política, y en la expectativa del momento propicio para la puesta en práctica de sus voraces ímpetus imperialistas.

¿Qué camino debe recorrer América? ¿La chispa que acaba de encender Cuba, contribuiría a orientar una nueva conciencia en el Continente? La realidad de nuestros problemas e interrogantes la estamos contemplando hoy por hoy, a través del espectacular cisma que conmueve los cimientos de la unidad americana. No puede ocultarse a los ojos de nadie, que el factor determinante de esa escisión ha sido la política de agresión económica ejercida por medio de un imperialismo recalcitrante que estuvo amparado en un comienzo bajo la conocida fórmula de *América para los americanos*. Los pueblos de la América hispana están despertando del letargo en que estuvieron sumidos por largo tiempo y no porque la Unión Soviética nos ofrezca prebendas a cambio de nuestra enemistad con los Estados Unidos. No es esa la tónica que caracteriza al actual espectáculo que advierten absortas, algunas naciones reaccionarias que se niegan a salir a la superficie de un siglo de transiciones, de nuevas ideas, de revoluciones que consolidarán la democracia social de los pueblos oprimidos por las ideas discriminatorias.

Caminamos a grandes pasos hacia la independencia económica de las naciones que integran el hemisferio, a sabiendas de que con ello contribuimos insensiblemente a la destrucción de nuestra unidad espiritual. Mientras América se derrumba a nuestro alrededor, la República Dominicana, dirigida por un gobierno que desconoce el entreguismo, continuará como lo ha proclamado en reiteradas ocasiones el insigne Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, leal a sus tradicionales principios que la vinculan con la Cristiandad.

